

TÍTULO: La desaparición del Doctor Archer.

AUTOR: Jemile Saleh Fraile.

“Tantos días de lluvia seguidos comienzan a provocarme un insoportable dolor de cabeza”, le dije quejumbroso a Holmes mientras contemplaba el poco esperanzador paisaje que se levantaba más allá de la ventana. Tenía la sensación de que hacía meses que Londres no dejaba de torturarnos a base de un cielo descolorido, agresivas rachas de viento, y láminas y más láminas de lluvia abundante. Pero mi amigo, en aquel momento sentado sobre su butaca de terciopelo oscuro, con los ojos cerrados y las largas y delicadas manos de violinista cruzadas sobre el pecho, tenía otro tipo de pesar. “¡Lo que me destroza la cabeza a mí es no tener caso alguno entre manos, Watson! Me volveré loco si ningún criminal hace pronto de las suyas en esta insulsa ciudad...”, se lamentó con un tono de voz sepulcral. Lo cierto era que hacía más de quince días que Holmes y yo no recibíamos ningún caso y era comprensible lo que algo así podía provocar en mi brillante e inquieto amigo. Precisamente cuando me disponía a proponerle asistir aquella noche al teatro, la señora Hudson llamó a la puerta. “Señores, aquí hay una joven que requiere sus servicios”, dijo. Entonces, fue como si un rayo divino bañara de pronto a Holmes; abrió los ojos como quien despierta de una pesadilla, se levantó rápidamente de su asiento, se ajustó apresurado su bata a cuadros, y engendró una de aquellas sonrisas inquietantes que lucía cuando sentía que algo excitante estaba a punto de suceder. Le dio permiso a la señora Hudson para que abriera la puerta, y así fue como vimos a nuestra nueva clienta. La joven, muy hermosa, vestía de blanco y malva y llevaba la preocupación marcada en sus grandes ojos color melaza. La señora Hudson nos indicó que su nombre era Agnes Archer, y después, desapareció discretamente. Holmes, tan encantador como era capaz, le pidió a la señorita Archer que tomara asiento y se explicara.

Y apenas una hora después de aquella inesperada visita, Holmes y yo estábamos en el imponente hall del edificio de la Sociedad Londinense de Neurología, dispuestos a resolver el caso que la señorita Archer nos había expuesto: la extraña desaparición de su padre, un reputado neurólogo especialista en cefaleas y presidente, además, de la Sociedad Londinense de Neurología. El hombre, viudo y con la señorita Archer como única descendiente, se había esfumado como por arte de magia hacía más de veinticuatro horas del despacho que ocupaba en el inmueble varias veces por semana, mientras ultimaba los detalles de un certamen literario organizado por la Sociedad.

El señor Holmes, fiel a su portentoso sentido de la observación, ya había concluido que la señorita Archer era una muchacha de fiar aficionada a confeccionar vestidos para muñecas de porcelana (pinchazos de agujas finas y restos de polvillo blanco en sus dedos), comprometida con un hombre tan romántico como ella (el anillo de compromiso de su anular derecho tenía una piedrecita rosa en forma de corazón), y que creía tanto en la bondad humana que caminaba por Londres con un bolsito con compartimentos exteriores.

“Oh, así que me encuentro frente al mismísimo Sherlock Holmes, el hombre para el que no existen los casos imposibles, y su ayudante. Estaré encantado de ayudarles”, murmuró con admiración el anciano bedel del edificio cuando Holmes y yo le contamos el motivo de nuestra visita. A continuación, nos encaminó hacia el despacho del desaparecido. “Lástima que hayan llegado tan tarde: sólo quedo yo aquí adentro y debo cerrarlo todo en quince minutos. Pero intentaré serles útil. Les confesaré que lo más extraño de la desaparición del doctor Archer es que se esfumó ayer a primera hora de la mañana, cuando esto está más frecuentado; en su despacho, con su abrigo y su maletín; nadie le vio salir”, apuntó el viejo. Holmes tardó en hablar, estaba muy concentrado: en su cabeza ya se estarían formando varias opciones de lo que podía

haber sucedido. “La señorita Archer nos ha comentado que la policía ya ha estado aquí y que no ha encontrado nada”, dijo Holmes por fin. “Cierto, señor Holmes”, confirmó el hombre.

El interior de aquel inmueble era suntuoso y laberíntico, con pasillos oscuros e interminables, vistosas lámparas y tapicerías, y verdaderas obras de arte. Cuando nos encontramos en el despacho del desaparecido, sito en el tercer piso, vimos que era un habitáculo tan cuidado como era de esperar, y Holmes empezó su labor de sabueso. Observó cada uno de los elementos de aquel cuarto con exquisita atención, y mientras tanto, no dejó de interrogar al bedel. “La señorita Archer ha declarado que su padre no tenía ningún enemigo, ¿está usted de acuerdo?” preguntó Holmes, a lo que el bedel contestó que, efectivamente, el señor Archer, gentil y sereno, era apreciado por todos. “¿Quién fue la última persona que lo vio?”, fue la segunda pregunta de Holmes. “Según se desprende de los interrogatorios de la policía, el joven doctor Littel, gran amigo del doctor Archer y Tesorero de la Sociedad, fue el último en verlo”, contestó el bedel con gesto grave, “Robert Littel es un muchacho formidable y detallista que de vez en cuando me compra *La Gaceta del crimen* porque sabe lo mucho que me gustan las historias de detectives; ayer mismo me trajo un delicioso ejemplar. Él fue el primero en llegar al edificio, antes incluso que el propio Archer, que suele ser el más madrugador, aparte de mí, claro está. Según el testimonio de Littel, los dos charlaron en este despacho de nueve a nueve y media de la mañana sobre el inminente certamen literario, y luego, Littel se fue a atender su consulta privada. A las diez, una secretaria de la Sociedad llamó a la puerta del doctor Archer por cierto asunto, y como no obtenía respuesta, temiéndose que le hubiera pasado algo, abrió la puerta y descubrió que el hombre no estaba aquí”. “Y obviamente, es imposible que saltara por la ventana”, dijo Holmes señalando la única ventana que había en el despacho, con gruesos barrotes

negros. Luego, siguió preguntando: “¿El certamen que preparaba el señor Archer provocó alguna clase de controversia? ¿Cuáles eran el premio y las condiciones?”. Las respuestas del bedel fueron que la idea de convocar el certamen había sido recibida con gran éxito por parte de todos los miembros de la Sociedad (ya que lo veían como un digno medio publicitario), que el premio consistía en una estimable cantidad económica y en la publicación del relato ganador, y que las obras a presentar debían ser historias de no más de cinco cuartillas inspiradas en el mundo de las cefaleas y que contuvieran forzosamente las siguientes palabras: “dolor de cabeza, brujería y otras faltas de ortografía”. Al escuchar aquello, yo no pude evitar soltar una carcajada. Holmes, en cambio, no se inmutó. “Entiendo que semejante eslogan les pueda sonar extraño”, rio el bedel, “por lo que dicen por ahí, la ocurrencia fue de un paciente del doctor Archer, un caballero llamado Amir Tory que dice ser poeta...”. “Un poeta... Londres está lleno de poetas que sólo publican en sus sueños. Probablemente, ese tipo de nombre a todas luces artístico, será uno de ellos. Amir Tory: por Dios, si parece un anagrama...”, afirmé con ironía. Pero la reacción de Holmes al escucharme borró del ambiente cualquier atisbo de comicidad; me miró con ojos de iluminado y me dijo: “Creo que ya es hora de que nos vayamos, Watson. Aquí no tenemos nada más que hacer”. Luego, se dirigió al bedel: “Muchas gracias por su amabilidad. Pero siento defraudarle diciéndole que, al menos en el día de hoy, no podré resolver este caso”. El viejo pareció no entender y parpadeó varias veces incrédulo, pero finalmente, resignado, nos acompañó hasta la salida y nos despidió diciendo que él confiaba en que el gran Sherlock Holmes solucionaría pronto aquel misterio.

Una vez fuera, tomamos un taxi en el que silencio reinó por completo, pero yo sabía perfectamente que Holmes acababa de solucionar el caso. Sólo cuando estuvimos en nuestra salita del 221B de Baker Street, me lo explicó todo: “El doctor Archer no

pisó ayer el edificio de la Sociedad en todo el día. Según el bedel, la única persona que ha asegurado que le vio y habló con él fue el doctor Littel. Este último, sin duda alguna, estaba aliado con Archer para hacer creer a todos lo de su desaparición. Llegó a la Sociedad antes que él, algo insólito, y para distraer al bedel y evitar que durante un buen rato no se fijara demasiado bien en quién entraba, le regaló ese periódico morboso. Littel fingió tener una reunión con el nunca presente doctor Archer en su despacho durante media hora, y después, se fue. Durante esa media hora, para entretenerse, estuvo garabateando corazoncitos en una agenda que había sobre la mesa del despacho, yo los he visto, corazoncitos tan naifs como el del anillo de la señorita Archer, con lo que queda claro que ella es su prometida. Es su amor por esa joven junto con la camaradería que le une a su padre lo que le ha hecho tratar de engañar al tipo que ha puesto a Archer en peligro, el mayor criminal de Europa: James Moriarty. Moriarty alias Amir Tory, matizo. Ambos son la misma persona. Porque como usted ha insinuado burlón, Amir Tory es un anagrama... de Moriarty. Es obvio que nuestro querido y viejo criminal sufre de cefaleas tan violentas que ha tenido que visitar al mejor médico para tratarse; eso sí, con otra identidad, la de un poeta que hasta da consejos para certámenes literarios, pero con su verdadero nombre de algún modo presente. Su ego no conoce límites... Lo que aún no he logrado averiguar es qué clase de faena le habrá hecho el doctor Archer al señor Moriarty como para tener que fingir su propia desaparición de una forma tan secreta que ni a su propia hija se lo ha revelado. ¿Le habrá desenmascarado, quizás? Lo descubriré, doctor Watson, lo haré, aunque antes tendremos que visitar a la señorita Archer. La joven debe de estar pasándolo fatal, y no sé cómo se tomará que su propio prometido la haya engañado y sepa dónde está su padre”. “Quién sabe”, dije tratando de asimilar lo que aquel genio acababa de relatar, “quizás Littel ya le haya contado todo a la señorita Archer y estén ahora los tres

reunidos en algún misterioso lugar, y tener a la joven en ascuas durante un día no haya sido nada más que una parte del plan para darle mayor empaque. En cuanto al modo en el que el doctor Archer ofendió a Moriarty, en vez de un desenmascaramiento, pienso en algo relacionado con el certamen: puede que Moriarty, confiando en sus nuevas ínfulas literarias, intentara sobornar a Archer para ganarlo con un engendro narrativo de su autoría y que éste se negara, despertando su ira”.

Y cuando terminé de hablar, mi amigo Holmes rio con ganas, con muchas ganas.